

Comunicar no es decir Ignacio Gárate Martínez¹

**1. Dame aparato botones
y no sufras más conmigo
que lo que quiero brindarte
son todas mis ilusiones**

Hay en la madrugada de Madrid un momento en donde no caben ni tertulias ni opiniones, en donde no se defiende ni la diferencia ni la personalidad, en donde se sabe con toda certidumbre que comunicar no es lo mismo que **decir**.

Se agotaron ya las conversaciones y, del embaucado falaz de la voz y el grito, sólo nos va quedando el leve gemido de la intensidad. Es hora de volver a la soledad que siempre precede al sueño. La soledad desnuda del baño y del espejo; duerma quien duerma en nuestra cama hay un momento de la noche para la soledad artera que susurra lo que debe ser verdad.

Y es que antes había poesía, expresión gratuita de la voz nombrando desventura y sentir, o alegría barroca que es todo ello manera de decir sufriendo.

Hoy la poesía bello producto o fruto perfecto, adobada con imagen o embutida en un sarcasmo de expresión, es el atuendo propio del consumo que transforma en arte mercantil el pulso del sujeto, nacido en la frontera de la sangre para golpear las tinieblas. **Así nace el peligro de perversión de la función poética.**

Con la transformación de la noción de "*capitalismo*" en "*economía de mercado*" le hemos dado nobleza a esa manera de práctica, intercambiando lujo y opiniones del oriente al occidente sin ocuparnos más de la palabra ¿No basta acaso con *comunicar*?

Se le antoja al "carroña" que seremos, recordar la primera vez que oyó la palabreja, allí en Burgos, cuando el «11 18» se convirtió en identidad telefónica y

¹ Ignacio Gárate es Doctor en Ciencias de la Educación, ejerce como psicoanalista en Burdeos

escuchaba decir a su padre : “*No hay manera de dar con la abuela; está comunicando.*”

El joven, ya sensible a las argucias de la palabra, comprendía equivocado que comunicar es lo contrario de hablar, ese irritante sonido que te informa de que, al otro lado del negro borrón de baquelita, no hay nadie que pueda recoger esa palabra que le querías decir.

Claro está que si aceptamos la economía de mercado, toda identidad se convierte en territorio nada más cerca de la escena (de la escena de teatro, del teatro de operaciones...) que la noción de territorio . Entonces la política se convierte en *gestión de la realidad* y **la realidad es la escena donde se ejercita la lucha del hombre por esconderse su verdad**. La realidad es la escena en donde la ciencia encuentra un espacio operativo y lo operativo, lo que funciona “¡Oiga fontanero esto no funciona!”, es verosímil pero nunca cierto.

La realidad nos *comunica* que el tratamiento social de la economía genera inflación, y que el tratamiento liberal genera paro. Este análisis verosímil que presidió en las decisiones políticas de los ochenta, nos deja boquiabiertos, nos deja en paro o henchidos, inflados de consumo, pero también yermos : **listos y desesperados con más de dos por ciento anual de crecimiento**.

La comunicación transmite información (ya decía que la bocina telefónica informa que comunica), pero no nos dice nada. La comunicación domestica los símbolos para que no nos den miedo, para acostumbrarnos a los efectos de lo simbólico es necesaria pues, casi indispensable, es ese “santo temor de dios” que nos daban los predicadores que, en la cátedra sagrada, nos hablaban "a la luz de la teología". Pero la comunicación no nos deja estremecernos. Ni la niña de Colombia que se muere, ni la abyección de la Shoa, ni la desolación enhiesta de la dictadura rumana nos pueden estremecer. La comunicación con sus ansias de informar, con su mejor ángulo para decir más y más, con su montaje estético: "impresionantes las ojeras"... banaliza la palabra y trastoca el testimonio.

**2 . Si te digo que te quiero
no me vengas con atuendos
que la desnudez del rostro
estremece el sentimiento.**

... Y me duele la voz, no hay play-back en las cosas del decir. La parafernalia mística tan acusada por los herederos del alienismo, alentados por la dinámica diferenciadora del diagnóstico, es mero acompañamiento, efecto indeseable a veces, de un intento por decir algo de lo imposible : lucha contra lo inefable que zahiere, porque hay que decir somos humanos y decir bien. Imaginad un instante, sólo un instante, antes de estremecer grietas y arrugas de la tez en anchas risotadas, a *Manuel el Agujetas de Jerez*, cantando en Play-back, o siquiera con micrófono... Imaginad al *Yiyo*, muerto del duende por un toro muerto, toreando en Play-back... Imaginad por fin que se repita una escena de pasión para informar de la muerte del *Hombre* en un espacio semanal.

Ni siquiera la muerte del verdugo pudo ser congelada para la posteridad de las cámaras : demasiada sangre corría por la cara de *Ceaulescu*, la suya pero la de todo un pueblo.

La comunicación no es lo mismo que la liturgia : vendamos caras las diferencias; la liturgia es la voluntad de un pueblo convocante plasmada en la geometría variable del ruedo, de las tablas, de la procesión o de la iglesia.

La liturgia no es **escena** si convoca. No da cuenta la liturgia de realidad alguna. No es complaciente con las cosas del decir, debe de ser exacta y no se puede repetir pues interpreta querencias momentáneas; se repiten las formas para convocar el tuétano de formas que requería el sublime Federico en «Juego y teoría del duende».

3 . No dejes al niño, Luis,

**que cuele por la bañera
que no es leche de tu borde
sino azogue de tus venas.**

¿Qué pasaría con la comunicación si no fuera complaciente? ¿Seguiría siendo tal, o se convertiría acaso en la gestión exigente de una aspiración política por las cosas del decir?

¿Porqué admitimos inertes esta recuperación de términos, si sabemos que no es eso, que la comunicación es un modo, positivo quizá, quizá imposible, modo único de convivencia de los inquilinos del verbo?

¿Porqué confundimos siempre la dirección y el sentido?

No hay dirección prohibida, sólo sentidos...

Basta con ser hombres, rotundo lobo de Bizkaia, Blas de Otero : con ser hombres basta. A condición de que aceptemos ser hombres y separados, esa frontera costal que da límite y da nombre. Esa frontera que llamamos diferencia.

Lo saben todos los “comunicó-[logos]” : Comunicar no es decir.

Sería, si así fuera, trazar un puente entre diferencias, compartir diferencias y transmitir acento a esos hijos de nuestros límites, alelados de nuestras ansias indecibles, sometidos al corte natural entre lo que quisimos que fueran y lo que alumbramos.

Sería no dar por entendido lo informado, sino seguir planteando la cuestión de la esperanza social : **¿Qué espacio queda en la economía de mercado para decir la esperanza social? ¿Y cómo nos desplazamos, hijos de nuestros límites si, pero también de nuestra experiencia de hombres, para pensar la democracia en el siglo que ya ha llegado?**

Comunicar no es decir; no se comunica el sufrimiento cuando cunden los baúles de historia, cuando cada palabra renovada, construida, nos cuesta todo un tiempo de silencio, cuando tenemos que romper el molde de la oposición para

imponer nuestro ser amantes, nuestro poder hacer, nuestro derecho a un proyecto, a una misión.

Si la herida costal nos dividió, trazó marca y límite en nuestra historia, si nos hizo sujetos divididos, no sujeto social, redundancia de individuos, sujetos divididos del deseo, dados por entero a la apuesta de una ética de la palabra, comunicar podría ser la apuesta, sin mediación alguna, de que con ser hombres basta.